

Sobre la Violencia entre los Barí y los Criollos en Perijá, Estado Zulia 1600-1960

Roberto Lizarralde ¹

Resumen

La región de Perija, en el occidente del Estado Zulia, estuvo sometida a múltiples hechos de violencia durante varios siglos, a raíz de las hostilidades, entre los indígenas Motilones-Bari y los Españoles, que se iniciaron alrededor de 1600, y que se prolongaron, con una breve interrupción de unos cuarenta años a partir de la primera pacificación de esta etnia lograda en 1772, hasta 1960. Los Motilones-Bari siempre estuvieron defendiendo su territorio frente a los invasores Españoles, y luego los criollos ávidos de conquistar sus tierras. En las décadas pre-1960 esta conquista se logro mediante crueles masacres y quemas de las viviendas comunales de los Motilones-Bari. Se describen dos casos de semejantes masacres, bien documentados, ocurridos en 1941 y 1957 en dos asentamientos diferentes.

Palabras clave: Motilones, Barí, violencia, territorio.

Abstract

The Perija region, in the western state of Zulia, witnessed multiple cases of violence through several centuries, originating from the hostilities between Motilone-Bari and the Colonial Spaniards, which started around 1600, and extended, after a brief 40-year interruption resulting from the first pacification of this ethnic group in 1772, until 1960. The Motilone-Bari never stopped defending their territory from the early Spanish invaders, later followed by the native Venezuelans determined to conquer their land. Through the pre-1960 decades, this conquest was achieved with cruel massacres and burning of the Motilone-Bari communal long huts. A description of two examples of such massacres, well documented, which occurred in 1941 and 1957 in two different communities, are presented.

Key words: Motilone, Bari, violence, territory.

Orígenes de la violencia en Perijá

La violencia en la región de Perijá del Estado Zulia es un fenómeno que prevaleció en sus tierras durante casi cuatro siglos, en el transcurso de los enfrentamientos entre la población criolla y los indígenas entonces llamados Motilones, que se autodenominan Barí. Es un hecho histórico que tuvo sus orígenes en los comienzos de la Colonia. Existen evidencias, tanto en documentos históricos como en la tradición oral Barí, que en los comienzos de la colonización de la cuenca del Lago de Maracaibo en el siglo XVI, los Españoles lograron establecer contactos pacíficos con estos indígenas. Pero pronto, aparentemente por causa de los maltratos sufridos por los Bari, como, por ejemplo, la cruel experiencia de unos 400 miembros pacíficos de esta etnia quienes, a principio del siglo XVII, fueron sacados de su tierra y llevados por fuerza a Barinas, muriendo casi todos en la travesía de los Andes, con la excepción de unos 20 o 22 (Pacheco Maldonado 1637). Manifiestamente, ésta fue una de las lamentables experiencias que terminaron por provocar el alzamiento de los Barí en la cuenca del Lago, y dió comienzo a un largo periodo de hostilidades, de ataques y contraataques, entre ellos y los Españoles.

En los siglos XVII y XVIII, pero especialmente a partir de las primeras décadas de los años 1700, el territorio de los Barí, que entonces abarcaba la región de Perijá y el sur del Lago, sufrió los asaltos de una serie de expediciones militares organizadas por los Gobernadores de las Provincias de La Grita y de Maracaibo, con la finalidad de «pacificar o exterminar los Bárbaros Indios Motilones»(sic). Estas expediciones se caracterizaron por sus tácticas violentas, causantes de muertes y captura de indígenas. Es precisamente lo que los propios Barí denunciaron posteriormente, explicando que sus incursiones respondían a su determinación de vengarse por las «muertes y aprehensiones» (sic) que siempre les infligían los expedicionarios españoles.

Estos años de violencia terminaron sorpresivamente en 1772, a partir del contacto pacífico logrado con la ayuda de una joven pareja de Barí, capturada unos años antes. La paz se extendió entonces por todo el

territorio de estos indígenas, y reinó durante unos 40 años. Esto permitió que los Padres Capuchinos fundaran varias misiones (Santa Bárbara a orillas del río Escalante, por ejemplo), en las cuales pudieron «reducir» más de mil Barí. Pero, a raíz de la Guerra de Independencia, los Capuchinos fueron obligados a abandonar sus misiones en 1817. Aparentemente, los Barí huyeron de estas misiones y volvieron a ocultarse en sus bosques, y retornar a su modo de vida tradicional. Su vida se desarrolló entonces al margen de la población criolla, casi olvidados, hasta finales del siglo XIX.

Durante la construcción de las líneas férreas en las tierras del suroeste del Lago de Maracaibo en los años 1890, desde La Fría hasta Encontrados, y a la vez desde El Vigía hasta Santa Bárbara, se comenta que los obreros de la cuadrillas del ferrocarril experimentaron algunas escaramuzas con los Barí quienes, obviamente, intentaban de oponerse a esta invasión de sus tierras.

Enfrentamientos similares ocurrieron ocasionalmente a partir del inicio de la exploración y explotación petrolera en 1912, en la región de Perijá y del río Tarra, y en las décadas siguientes durante la actividad petrolera en estas zonas.

Simultáneamente, la expansión progresiva de las haciendas ganaderas desde Machiques hacia el sur, lograda mediante el despojo de las tierras de los Barí con métodos brutales, se volvió cada vez más violenta, y su avance más rápido, a partir de los años 1940. En efecto, en el transcurso de dos décadas, hasta el contacto pacífico y definitivo de Julio de 1960 con los Barí (cuya autodenominación se conoció a partir de esta fecha) el proceso de colonización de estas tierras se llevó a cabo a sangre y fuego, para forzar estos indígenas a desocuparlas y huir más allá. Allí se presenció una verdadera limpieza étnica, sin freno y al margen de ley, con los ojos cerrados de organismos oficiales, que hace sombra sobre «las bondades» del desarrollo agropecuario en la región de Perijá.

Las características de esta violencia era para entonces un fenómeno de todos conocido por estas tierras, realmente público y notorio en las

ciudades de Machiques y Maracaibo. Frente a esta historia sangrienta y vergonzosa, sus participantes criollos generalmente evitaban de comentarla en público, y hasta en la intimidad de sus hogares. Si la prensa nacional y regional acostumbraba publicar solamente noticias sobre flechamientos por los Barí del personal de las haciendas ganaderas de Perijá, no así lo referente a las muertes y masacres de estos indígenas, cuyos reportes sin embargo circulaban entre la población criolla, hasta mención de los nombres de hacendados y otras personas supuestamente implicados en estos hechos. Se sabía que a Machiques (y hasta Maracaibo) llegaban cuadrillas a ofrecer la «limpieza étnica» de miles de hectáreas por la cantidad de Bs 10.000 (en aquellos años), conjuntamente con el suministro de rollos de alambre de púa, herramientas, comida y cartuchos, en lo que se incluía el cercado de las tierras.

El suscrito, con conocimiento previo de la violencia sufrida por los Barí durante el proceso colonizador de Perijá, logró reunir muchos datos sobre esta materia desde los comienzos de sus investigaciones etnográficas en comunidades de esta etnia en los años 1960, y décadas posteriores, suministrados por testigos presenciales de estos hechos. De manera muy concreta esta información con frecuencia surgía a través de la elaboración de genealogías, cuando se indagaba la causa de muerte de las personas difuntas. Muerto por «Colombiano» decían ellos. Estas genealogías, pues, servían de punto de partida para profundizar casos específicos, y recabar informaciones acerca del sitio y fecha aproximada dónde había ocurrido la muerte. Con el tiempo se cruzaban a menudo estas informaciones con otros informantes, que permitían que se completaran y confirmaran a la vez.

En una investigación conjunta del suscrito con el antropólogo Stephen Beckerman, realizada a finales de los años 1980, y basada en entrevistas a un alto porcentaje de Barí adultos, se pudo también recopilar una amplia información referente a las muertes causadas por los criollos en las dos décadas pre-contacto (Beckerman y Lizarralde 1995). Este trabajo destacó la asimetría en las muertes de hombres y mujeres Barí

adultos, y reveló que un 80% era masculina. Y además, que entre los muertos de todas las edades, un 37% eran menores. En el análisis de las situaciones en las cuales ocurrieron las muertes de los hombres adultos, resalta claramente que los hombres estaban más expuestos a los disparos de los criollos que los demás miembros de sus comunidades, por el hecho de ser casi exclusivamente ellos los que se aproximaban más a los criollos en tiempos de hostilidades. En efecto, eran ellos los responsables, en la oscuridad de la noche, de sustraer las herramientas en las haciendas, y también de llevar a cabo las incursiones para vengarse por las muertes infligidas por los criollos.

A continuación, la descripción de dos eventos que tuvieron lugar en Perijá, en enero de 1941 y a principios de 1958, servirán de ejemplo para ilustrar los métodos que se utilizaban entonces para agredir a los Barí en la forma más cruel e inhumana posible, con el objetivo de atemorizarlos para provocar su huida y así conquistar su tierra. Creemos que los acontecimientos descritos a continuación ayudaran a poner al descubierto el lado oscuro del proceso colonizador que se desarrolló en esta región.

Un bohío llamado Shisabai

A mediados de la década de los años 1960 el suscrito, frecuente visitante de una comunidad Barí entonces establecida a orillas del río Negro, en el sector de Alturitas, cuya vivienda comunal se llamaba Kiróongda (hoy desaparecida por manos de un hacendado), un día llevó consigo un viejo ejemplar de la revista VENEZUELA MISIONERA en la cual se había publicado la fotografía de una niña Barí, raptada muchos años antes por los criollos en la región de Perijá.

La nota que acompañaba la foto, escrita por el misionero Capuchino P. Cayetano de Carrocera, decía : «La niña «Librada de la Sierra», india motilona legítima, apresada a fines de 1939 al sur del Río Negro, a unos 13 kilómetros de la matera «Alturitas», en una incursión de los criollos contra los Motilones».

La foto fue enseñada a los Barí presentes y, uno de ellos, Antonio Adohdóngba, de 35 años aproximadamente, afirmó que conocía las circunstancias del rapto de esta niña. El no estuvo presente en aquel entonces, pero los detalles de la incursión en este bohío se conocían y se comentaban mucho entre los Barí. Adohdongba proporcionó los nombres del padre y madre de la niña, e igualmente los nombres de los padres de un infante, también raptado en el mismo día. Esto sucedió muchos años atrás, dijo él, cuando el bohío de estos Barí, llamado **Shisabai**, fue atacado por los criollos, causando la muerte a muchos de sus habitantes.

En los años siguientes, repetí esta experiencia con otros Barí en diferentes comunidades, y fue así que una mujer, Marina Mandabó, reveló que, cuando niña, había sido testigo de este ataque al bohío **Shisabai**, y pudo describir con una multitud de detalles este horrible evento que ella vivió y le quedó grabado en su memoria.

En otras ocasiones, mediante el uso de la fotografía de «Librada», y citando el nombre del bohío, fue posible conseguir que otros Barí recordaran este ataque, vivido por ellos cuando eran adolescentes, corroborando los detalles descritos por Marina y agregando otros más, como los nombres de las familias ahí presentes en el fatídico día. De manera que, con la ayuda de todos estos Barí, se logró conocer, desde su perspectiva, lo que sucedió en la madrugada de un día de verano en algún lugar de Perijá, muchos años atrás.

También, la ubicación exacta del bohío **Shisabai** se pudo establecer una vez que, manejando por la carretera Machiques-Colón en los años 70, en compañía del Barí Mario Asháana, éste señaló el sitio donde se levantaba (al lado del tronco seco de un cañaguato), a orillas de la carretera en el caserío Cachamana (antiguo asentamiento de la Compañía Cacciamani, constructora de la carretera), a proximidad del puente sobre el Río Santa Rosa.

A la vez, en los años 1970, el hallazgo casual de una referencia, en una vieja revista, sobre una supuesta masacre de indígenas Motilones, publicada en la prensa nacional del año 1941, instó a su búsqueda en

las colecciones de periódicos viejos en la Biblioteca Nacional, en Caracas. La noticia del ataque a un bohío de esta etnia fue encontrada en ediciones del mes de enero 1941, de los periódicos PANORAMA y EL UNIVERSAL. La información escrita, inclusive el rapto de una niña durante el ataque, coincidía con la versión obtenida de los Barí.

Poco después, mediante una entrevista hecha en Perijá en 1978 a un viejo trabajador criollo, se tuvo la oportunidad de escuchar la versión de un participante en el vil ataque a este bohío Barí. La rica información que este hombre aportó sobre los pormenores de esta incursión, ayuda a visualizar su desarrollo con mucho realismo, y complementa la versión de este evento publicada en los periódicos PANORAMA y EL UNIVERSAL. De modo que, a continuación podremos presentar tres versiones del ataque al bohío **Shisabai** : primero las de PANORAMA y de EL UNIVERSAL, luego la del viejo trabajador, y finalmente la versión suministrada por los propios Barí.

1. Panorama y El Universal

En aquel entonces, por el año 1940, el Río Yasa (el Kariká'angbarí de los Barí) se había constituido en virtual línea fronteriza para los ganaderos, quienes habían expulsado a los Barí hacia el lado sur del río. Pero, al este, los ganaderos ya habían alcanzado penetrar más al sur, hasta el curso inferior del Río Negro (siempre el Kariká'angbarí) por la vía que venía desde Machiques, y pasaba por los caseríos de Las Piedras, San José y Calle Larga. En este sector los Barí también habían sido desalojados poco antes hacia el otro lado del Río Negro, y resentían la evicción violenta de sus tierras por los «labaddó» (blancos) fuertemente armados. Su reacción no se hizo esperar. Veamos:

Una noticia del periódico PANORAMA de Maracaibo, del 2 de enero de 1941, dió la información siguiente en las páginas 1 y 3 :

«Nos informó ayer personalmente el señor Abraham Inciarte, actual Administrador de los importantes fundos agrícolas y pecuarios

«Los Alpes», «La Fortuna», y «El Japón», que anteayer, a las cinco de la madrugada, los trabajadores Pacífico López, José Angel Sabril, Silfrido Añez y Agustín Chávez, esperaban el amanecer para dedicarse a las labores de ordeño en la posesión «Los Alpes», antes «Las Alturitas», ubicada en la región de Río Negro, y propiedad del Señor Juan B. Romero.

Al oír ladrar un perro, el nombrado Chávez, lámpara de gasolina en mano, caminó unos seis metros con el deseo de averiguar la causa de éso, sin hacer caso de la advertencia que le hicieron sus compañeros de que no saliera de la casa.

Varios indios, cuyo número se calcula en veinte y que se amparaban detrás de un chiquero inmediato a la habitación, le lanzaron dos paletillas de macana que hirieron mortalmente al infortunado trabajador en la parte posterior del cuello y en la axila derecha, interesándole una de ellas, la aorta.

Inmediatamente sus compañeros lo trasladaron a la hacienda «El Japón», del referido propietario, y de ésta, era traído a Maracaibo en una de los camiones del servicio de las haciendas cuando se encontraron con el Señor Romero que iba en su automóvil y quien en seguida lo cedió para la conducción del herido a la Casa de Beneficencia de esta ciudad donde, a pesar de haber sido sometido a una intervención quirúrgica, falleció a las once y media de la noche del citado día, media hora después de su ingreso al referido instituto...

Los indios después del asalto invadieron las dependencias de la citada posesión «Los Alpes» y se llevaron diez sacos de sal, cinco docenas de machetes, dos docenas de hachas, toda la provisión y utensilios del servicio de la hacienda, como también las cuatro hamacas y ropa de los expresados trabajadores.»

El día siguiente, el mismo Abraham Inciarte habló con el periodista de PANORAMA, el cual escribió:

« también el Señor Inciarte nos dió cuenta de que el señor Juan B. Romero, tiene en las posesiones «Los Alpes», «El Japón» y «Fortuna», considerable cantidad de cerdos, mas de mil reses y

aproximadamente ochocientas cuadras de pastos artificiales, y que halagado por la construcción de la carretera de Perijá, cuya llegada hasta Machiques es esperada con ansiedad por todos los agricultores y criadores de esta región agro-pecuaria, está sembrando unas cincuenta cuadras de plátano y treinta de caña de azúcar.

Al preguntar al señor Inciarte acerca de las aspiraciones de los criadores y agricultores [de la región], con respecto a los indios, nos manifestó que el deseo general era de que el gobierno les prestase protección, sin que en este deseo existiera ninguna intención de que se procediese violentamente contra los indios, pues en el propio interés de los amos de haciendas estaba el que se incorporara a los indios a la civilización para así utilizar tanto brazo que... yace sumido en la tenebrosa noche de la ignorancia.»(Panorama, 3 de enero 1941, p. 4)

Sin embargo, en los días siguientes, Abraham Inciarte no tardó en preparar su incursión al territorio de los Motilones-Bari, en retaliación por lo sucedido en el fundo «Los Alpes». Pocos días después, la noticia del ataque a un bohío de estos indígenas efectuado por un grupo de criollos se regó por Machiques y, con consecuencias inesperadas, rápidamente alcanzó Maracaibo el 19 de enero. En esta fecha, el periódico PANORAMA recibió una llamada de la Inspectoría de Fronteras de esta ciudad para informar de la llegada del Teniente Aquilino Sáez Castejón, jefe de la Sección de dicha Inspectoría (Guardia Nacional), el cual suministro las siguientes informaciones referentes a la incursión efectuada en territorio indígena por un grupo de criollos:

La comisión atacante se reunió en un caserío denominado San José situado a hora y media de camino del pueblo de Machiques...

El jueves 16 del presente como a las 6 y 30 de la mañana fue asaltado un campamento de los indios motilones – situado en el punto denominado Santa Rosa a más o menos tres días de camino a pie del pueblo de Machiques – por treinta hombres, entre ellos 12 indios de la tribu de Macoítas, armados de fusiles No 7184, escopetas de cápsulas y revólveres Colt 38, e incendiaron el poblado matando

a más o menos treinta personas entre hombres, mujeres y niños y trayéndose para Machiques a una indiecita de 3 a 4 años de edad que se encuentra en la habitación del ciudadano Abraham Inciarte, cabecilla de la comisión atacante. Según algunos informes los indios trataron de defenderse arrojando flechas pero lo cierto es que entre los atacantes no hubo ninguna víctima y se dice, al mismo tiempo, que varios indígenas se salvaron porque se dieron a la fuga. también corren rumores de que este ataque es en represalia por el efectuado por los indios en una posesión de Machiques hace algunos días y en el cual murió un ciudadano traspasado por una flecha.

El ciudadano Juez de Instrucción esta trabajando activamente en el levantamiento del sumario correspondiente y ya hay detenidos 14 de los asaltantes perijaneros y salió una comisión en busca de los indígenas que tomaron parte en el asalto. (Panorama, 21 de enero 1941, pp. 1 y 5)

Es interesante observar que, cuando estas noticias fueron también conocidas en Caracas, provocaron una reacción que tuvo repercusiones inmediatas a nivel oficial, como se puede leer en el periódico EL UNIVERSAL, de fecha 23 de enero de 1941, p. 1 y 5, en respuesta al llamado «sangriento acto represivo» cometido en Perijá:

Pasan de diez el numero de personas detenidas, sospechosas de haber participado en el asalto a una ranchería de indios que termino en la muerte de treinta indígenas. Con el apresamiento de esos individuos no se dan por terminadas las sanciones y se cree que de un momento a otro serán detenidos mas elementos participantes de la expedición punitiva efectuada en días pasados. En el lugar del suceso se encuentran fuerzas de la guardia Nacional de Fronteras, comandadas por el teniente Aquilino Sáez Castejón y un pelotón de unos cien hombres del Ejercito Nacional al frente del cual se encuentra el comandante Pablo Hernández.

... El Jefe Civil del Distrito Maracaibo, señor Rafael Nery, un juez de instrucción designado al efecto y el ciudadano Auditor de Guerra que forman parte de la comisión especial enviada por el Gobierno, salieron ayer hacia el lugar del suceso para hacer las investigaciones del caso.

... Ha sido destacada una comisión especial en persecución de un grupo de doce indios macoítas, que armados, habían participado con los «civilizados» en la agresión a los motilones.

... Hemos sido informados que el alto funcionario del Gobierno que en abril del año pasado se opuso de modo categórico a que se llevara a efecto una expedición represiva como la realizada ahora [también a raíz de un ataque de los indios motilones en que resulto herida una persona], fue el señor Hernán Gabaldón, Inspector de Fronteras en la zona occidental del país.

Desconocemos los resultados de la investigación señalada en El UNIVERSAL (ésto ameritaría una búsqueda en los periódicos venezolanos y los archivos de los mencionados organismos oficiales), pero, conociendo el ambiente político y económico que imperaba en la región de Machiques en aquella época, como también las actitudes de su población para con los Motilones, nos pone a dudar si las autoridades lograran finalmente imponer el castigo merecido al grupo de detenidos, responsables de la horrenda masacre en el bohío **Shisabai**.

2. El viejo Ruiz

En enero de 1978, durante una visita a una comunidad Bari establecida en el sector Campo Uno (frente a la confluencia de los ríos Aricuaisá y Lora), el suscrito conoció a un viejo criollo, de apellido Ruiz, localmente llamado «Copei», vecino y amigo de estos indígenas. En el transcurso de una conversación con este hombre, se supo que gran parte de su vida había transcurrido en Perijá, trabajando como peón en las haciendas de la región. Al hablar del desarrollo de estas tierras, se le comentó la expoliación de las tierras de los Bari y los ataques brutales, y

muerter, que sufrieron estos indígenas. De paso se mencionó lo sucedido en **Shisabai**, a lo que el viejo Ruiz afirmó conocer muy bien su historia, y se puso entonces a narrar los pormenores de esta incursión de los criollos en la cual no negó su participación (Ruiz 1978).

Según Ruiz, por el año 1940, los hacendados establecidos en la zona del Río Negro estaban hartos de los flechamientos de los Motilones. Esto afectaba seriamente sus actividades porque sus obreros se asustaban demasiado y la mayoría decidían marcharse de la zona, mientras que otros dueños optaban por abandonar sus fundos. Por este motivo estos hacendados acordaron tratar de acabar con estos Motilones que azotaban la región.

Se formó entonces un grupo, liderado por Juan B. Romero, el cual tomó la decisión de organizar una expedición punitiva a los ranchos de los Motilones. Primero salieron a buscar a unos indios Macoíta en la Sierra de Perijá, para que éstos les ayudaran [en la Venezuela de aquellos tiempos, se creía erróneamente que los indígenas de la Sierra, de lengua Caribe y mal llamados «Motilones mansos», hablaban la misma lengua que sus vecinos denominados «Motilones bravos» (los Barí), cuya lengua, de filiación Chibcha, es mutuamente ininteligible]. Allí, el jefe de los Macoíta, Cipriano, de mucha fama en la región, acordó acompañar a la expedición con un grupo de hombres de sus comunidades.

También, buscaron a un tal Manuel Quebrada, en el sector de la hacienda «La Gran China», conocedor de la región de Río Negro, el cual podría servir de baqueano a la expedición. En efecto, este hombre tenía la reputación de conocer las trochas de los indios Motilones en estos bosques, avistadas por él durante sus frecuentes recorridos en la zona.

Cuando todos los miembros de la comisión estuvieron reunidos cerca del Río Negro, y listos para salir, en la mañana emprendieron la marcha hacia el sur, guiados por Quebrada. Apenas cruzaron el Río Negro se internaron en la montaña (selva). Al encontrar una trocha de los Motilones, caminaron por esta durante varias horas, hasta alcanzar una casa grande, o bohío, de los indios. Se acercaron con mucha cautela de

la vivienda, pero la encontraron vacía. Todo la comisión optó por acampar ahí y durmió en la casa.

El día siguiente el grupo continuó su marcha, caminando por otra trocha de los Motilones [hacia el oeste, según parece], hasta alcanzar la orilla de un río [Santa Rosa]. Ahí, Cipriano, el jefe Macoíta, trepó hasta la copa de un árbol grande, desde el cual se alcanzaba ver el paisaje circundante, y le recorrió cuidadosamente con su mirada, tratando de discernir si detectaba en alguna parte el humo proveniente de una casa de los Motilones. Pero no pudo percibir señal alguna.

Entonces escogieron un camino que los llevaba hacia el oeste por la orilla del río. Más adelante, Cipriano volvió a trepar otro gigante de la selva y, cuando examinó nuevamente la superficie del bosque, fue en aquel momento que observó humo a lo lejos. Bajo rápido del árbol y señaló a la comisión el camino a seguir. Empezaron de inmediato su marcha en la dirección indicada por Cipriano y, cuando más adelante lograron oír desde lejos el ladrido de un perro, supieron que se estaban aproximando a una casa habitada por los Motilones. Tomaron la decisión de retroceder rápidamente, y de acampar en la selva hasta la madrugada del día siguiente. A todos se les prohibió fumar, porque el humo del tabaco puede olerse desde lejos. Comieron queso y galletas que cargaban en sus mochilas. Todo en absoluto silencio.

A las cuatro de la madrugada los expedicionarios se acercaron silenciosamente a la casa de los Motilones, se dispersaron en su alrededor y, con sus armas listas para disparar, esperando que algunos de sus compañeros se acercaran a la casa y le prendieron fuego. Cuando el techo de la casa se estaba ardiendo, de repente salió una mujer con los brazos alzados, como si quisiera abrazar a los blancos, con 3 niños pequeños. Le dispararon a ella y la mataron, y atraparon a los 2 niños mas pequeños, un varoncito y una hembra. El otro niño, el mayor, trató de huir y se puso a correr. Cipriano gritó que había que matarlo, y lo mató, porque no debían dejar vivo a ningún niño Motilón para impedir que se criaran más, explicó. Todos los demás Motilones, que no pudieron escapar de la casa, murieron quemados.

La expedición había durado tres días. Regresaron todos a las haciendas, llevándose a Machiques a los dos niños capturados. Cuentan que el varoncito fue regalado al Presidente López Contreras. Al llegar a la ciudad los expedicionarios intentaron ocultar los sucesos de los días anteriores. A Cipriano y sus Macoíta les recalcaron la absoluta necesidad de que, si les llegaran a preguntar cuantos indios habían matado, debían responder, y siempre repetir, con la frase «Cuantos indios mataron?». Y así lo hicieron. Cuando las autoridades fueron enviadas a interrogarlos, solamente consiguieron que le dieran esta respuesta, y se cansaron de escuchar siempre la misma frase. Y los dejaron en paz. A estos Macoíta los hacendados les habían prometido entregarles un fuerte (Bs.5,00) por cada oreja de Motilón muerto, y esto se cumplió, recordaba Ruiz.

3. La versión de los Barí

Aún viven varios Barí, de los muchos que afortunadamente sobrevivieron al ataque a su bohío **Shisabai**. La gran mayoría de ellos eran entonces jóvenes y adolescentes. Todos recuerdan con gran claridad esa madrugada terrible del 16 de enero de 1941.

Según ellos, la expedición de los «labaddó» (blancos) venía del Río Negro, y el primer día llegaron hasta uno de sus bohíos [Este grupo territorial Barí poseía varias viviendas comunales en sus tierras que se extendían desde la Sierra hasta más allá del curso inferior del Río Kokóoma (R.Santa Rosa), en el este, las cuales acostumbraban ocupar sucesivamente según su patrón semi-sedentario]. Este bohío, llamado **Seen Kaeg**, ubicado 10km al sur del Río Negro, fue donde los «labaddó» durmieron y, comentan los Barí, se comieron yuca de las matas que rodeaban la vivienda. Para esa fecha este bohío se encontraba desocupado, por haberse marchado los Barí a **Shisabai** poco antes.

El día siguiente, cuando la expedición se dirigió hacia el oeste por una trocha de los Barí y, después de alcanzar el Río Santa Rosa, fue cuando ésta logró aproximarse al bohío **Shisabai**. En este día la vivienda estaba habitada por unas 10 familias Barí (véase el diagrama anexo en el

cual se puede ver su composición, con nombres y parentesco), con una población de unas 56 personas, según la reconstrucción hecha con la ayuda de los Barí. Las demás familias de este grupo territorial se habían establecido para esta fecha en otra casa, **Aagshuagyá**, ubicada 20km al noroeste de **Shisabai**.

Según los Barí, el ataque a **Shisabai** ocurrió a las cinco de la madrugada. En aquel momento la mayoría de sus habitantes aun permanecían recostados en sus chinchorros, mientras que otros se estaban calentando cerca de los fogones en el centro del bohío. Ninguno de ellos sospechaba que los atacantes criollos ya estaban afuera. Cuando algunos de los atacantes entraron bruscamente por una puerta del bohío, lo único que ellos pudieron discernir en medio de la oscuridad, fue un pequeño grupo de hombres Barí sentados al lado de los fogones, iluminados por la candela. Estos Barí se escabullaron inmediatamente, en el momento preciso que los atacantes abrían fuego y seguían disparando a ciegas, a diestra y siniestra dentro de la vivienda, mientras que sus habitantes corrían desesperadamente e intentaban protegerse, echados al suelo o bien ocultos en cualquier rincón del bohío. Pero tres hombres Barí yacían muertos: Bisáa con plomo en la cintura, Atukdá, quién cayó cerca de la puerta con un balazo en el pecho, y el joven Akaindabí. Entretanto, el adolescente Ashirokóo y su hermano Abarú se salvaron al treparse por un horcón hasta la troja, y desde arriba, sin que se percataran los atacantes, vieron cuando éstos degollaban a Akaindabí agonizante antes de salir del bohío, y arrastraban hasta fuera el cuerpo de Atukdá. A éste también le degollaron para sacarle la lengua afuera ('el corte de franela»). Mas adentro, la mujer Akáagda había agarrado a sus dos hijitas, Maandabó y Bakeki, y por ponerse detrás de unos leños, las tres lograron protegerse de los disparos.

Afuera, los otros criollos se mantenían apostados con sus armas, listos para disparar a los Barí que intentarían escapar. Cuando la joven mujer Aribá salió corriendo con su hijito en los brazos y, al perder el equilibrio, dejó caer al infante, pero su intento de continuar la carrera

fue interrumpido por un disparo mortal que la tumbó al suelo. Ashirokóo tuvo más suerte. Al salir del bohío emprendió una veloz carrera hacia el monte, mientras que los criollos le disparaban, pero sin alcanzarlo, y pudo ocultarse detrás de las grandes aletas de un tocón. Hasta que aquellos dejaron de disparar. Y pudo huir sano y salvo hasta el monte.

A su salida del bohío que acababan de violentar, estos criollos se unieron a los demás y procedieron a incendiarlo. Aún permanecían en su interior casi la totalidad del grupo Bari, desapercibidos por la profunda oscuridad en su interior. Los Bari oyeron conversar afuera a los «labaddó» mientras comenzaba a quemarse su vivienda. Por este motivo los Bari decidieron esperar que el humo envolviera al bohío y la visibilidad fuese casi nula, para salir y lanzarse a correr. Fue entonces en este momento que los Bari sobrevivientes lograron escapar. Akáagda agarró a sus dos hijas y las puso a correr lo más rápido posible por el yucal que rodeaba el bohío. Igual corrió el niño Abéenya, a pesar de un disparo cuya bala le rozó la parte superior del cráneo (dejándole ahí un pequeño hundimiento por el resto de su vida). La madre Shinbarirú tomó su bebé en los brazos y también se puso a correr afuera. Pero ella fue vista y le dispararon también, hiriéndole solamente en el seno izquierdo, mientras huía con su bebé y lograba salvarse. Y cuando los «labaddó» avistaron a su esposo Abokáagdou que venía corriendo detrás de ella, cargando en la espalda a su hijito Karabasarú de 3 años, la bala que le dispararon por detrás cercenó el dedo gordo de un pie del niño y se incrustó en el tórax del padre, pero no se detuvieron y lograron escapar y sobrevivir. Menos suerte tuvo la mujer Ashirukúu, quien salió del bohío cargando a su hijito de un año, corriendo desesperadamente pero, al tropezar con un palo, se le cayó el niño. Ella no se detuvo, y huyó dejando en el suelo a su hijito, el cual fue recogido por los «labaddó» y luego llevado a Machiques. Igual suerte tuvo la niña de 4 años, de padre Bainbó y madre Aichioorokbá, que los «labaddó» lograron atrapar, y que fue el otro menor que trajeron a Machiques.

Esta niña, cuya fotografía anexamos a este relato, es la «Librada de la Sierra» mencionada al principio de este trabajo, y la que Abraham

Inciarte llevó a su casa en Machiques, según el artículo de PANORAMA citado en las páginas anteriores. Posteriormente la entregaron a una familia en Caracas, donde residió casi toda su vida, pero un día se marchó y no se supo más de ella, informó años atrás el P. Cesáreo de Armellada al suscrito.

Todos los sobrevivientes de la masacre en **Shisabai** huyeron hacia el oeste, hasta llegar a otro bohío (a 12km) de su grupo territorial llamado **Aagshuagyá**, en el cual se hallaban otras familias de su parcialidad. A éstas les avisaron de lo ocurrido. De inmediato salió una comisión de Barí para **Shisabai**, que llegó al sitio al atardecer. Pero solamente hallaron cenizas, huesos calcinados, y cadáveres. Era demasiado tarde para perseguir a los «labaddó». Los Barí tendrían que esperar un momento oportuno para vengarse por las muertes y capturas de los suyos.

Bahkuagya

El otro masacre, que queremos reseñar a continuación, fue un trágico evento igualmente recordado por los Barí con insoportable precisión. Se perpetró varios años después de lo ocurrido en **Shisabai**, y unos dos años antes del contacto pacífico de Julio 1960, es decir, en 1958. Esto sucedió en los primeros meses del año, en pleno verano, en el bohío llamado **Bahkuagya**, que se había levantado a 20 km al sur de **Shisabai**, en la cercanía del río Barakay (R. Aricuaisá).

En aquella época una pequeña parcialidad de Barí, constituida por seis familias y varios miembros de otras familias (véase el diagrama anexo de la composición del grupo), acababa de trasladarse a **Bahkuagya**. Ellos formaban parte de una pequeña vanguardia proveniente de uno de los bohíos de su grupo territorial, llamado **Túuriba**, ubicado 20km al este, en el cual aun permanecían la mayor parte de las familias del grupo antes de seguirles los pasos a los primeros en su marcha hacia el oeste a finales del verano (Según su patrón tradicional, los Barí acostumbraban mudarse varias veces al año de un bohío a otro. El grupo territorial se fragmentaba en grupos locales que dispersaban y desplazaban según las

estaciones, de este a oeste y viceversa, por entre la media docena de bohíos repartidos en su extenso territorio).

Cuando el pequeño grupo de Barí arribó a **Bahkuagyá**, encontraron todos sus enseres tirados afuera y regados alrededor del bohío: cestas, esterillas, faldas, rollos de veradas, etc. Era evidente que este desmán lo habían causado los «labaddó» en ausencia de sus ocupantes. Los Barí no se desanimaron, recogieron todo y volvieron a poner orden en la casa. Y esa noche todos durmieron en su interior.

En la mañana siguiente, todos los hombres del grupo decidieron salir temprano de cacería. En el transcurso de su caminata del día anterior, habían observado cerca de **Bahkuagyá** huellas de «bisou» (vaquiro de cachete blanco). Estas huellas revelaban que la manada se movía hacia el oeste, en dirección al río Barakay (Aricuaisá). Los varones adultos que conformaban la partida de cazadores eran: Sadeibókba (el «natubay», o jefe de este grupo), Abirobókba, Arikáan, Akaribagdou, Abarubí, Abachí, Shouhbei, y Okchirí. Por otra parte, los que se iban a quedar en el bohío eran las mujeres Shiboubo, Akaado shibabió, Abantabay, Atraktraká, Akbondrá, Akbain, con sus hijos respectivos, y los jóvenes Aturinagyá, Airakbá, y Akbadú.

Los cazadores, antes de salir, acordaron con las mujeres que estas se dedicarían a limpiar el conuco que rodeaba el bohío. Uno de los cazadores, Okchirí, entonces advirtió a las mujeres que tuviesen mucho cuidado por los caminos, porque había observado que esta mañana los pájaros estaban haciendo mucha bulla en el bosque. Esto podía ser un indicio que los «labaddó» estuviesen cerca.

Durante toda la mañana las mujeres estuvieron trabajando en el conuco, ocupadas a desyerbar las matas de yuca. Mientras tanto casi todos los niños se fueron a pescar en un caño cercano: por un lado se fueron el varón Bashkáa (6 años) con su hermana Ashokbarei (10) y el varón Ayokbadou (8), y por otro lado los varones Kairababa (5) y Abáandou (20), este último levemente retrasado y hermano gemelo de Abarubí. Aproximadamente a las 11.am las mujeres, menos Abantabay y Aturinagyá, suspendieron el trabajo y volvieron al bohío, a descansar.

Alrededor de las 12 del mediodía, mientras que Abantabay y su hermana Aturinagyá (15) seguían trabajando en el yucal, agachadas para arrancar la maleza, de repente oyeron unos pasos pesados. Por entre los tallos de las matas de yuca pudieron reconocer las botas de unos «labaddó» que caminaban lentamente hacia el bohío, sin que ellos se percataran de la presencia de las dos mujeres Barí a pocos metros de distancia. El denso follaje del yucal las ocultaba, afortunadamente. Ellas esperaron que los «labaddó» se alejaran, para entonces deslizarse silenciosamente hasta el bosque y ocultarse, y desde allí ser testigos silentes del drama que se iba desarrollar.

En aquel momento, las mujeres y algunos niños descansaban al interior del bohío: Shiboubou con su nieto Kwankwan (2), Akaado shibabió, Akbondrá, Atraktraká con su bebé de 3 meses, el niño Akbadú (10) y su hermano, el joven retrasado Airakbá (12), y aunque dejaron abiertas las puertas del bohío, ninguna se percató de la llegada de los «labaddó».

Al escuchar unos pasos afuera, Akbondrá se asomó por una puerta y, apenas vió a los «labaddó», dos «cachacos» y un «aagshube» (negro), que uno de ellos la apuntaba con su escopeta y disparó, alcanzándole en el antebrazo. Ella se echó hacia atrás y, con su brazo fracturado, corrió dentro del bohío, logrando escapar por la otra puerta hasta el yucal, donde se ocultó (Nota.-El bohío Barí, de 25-30m de largo, en promedio, y de planta ovalada, tiene dos puertas principales, una en cada extremo).

Cuando otra mujer, Akbain, salió del bohío en carrera con su hijito de 2 años en los brazos, a ella también le dispararon, con un tiro que le fracturó un brazo y le hizo soltar al niño que cargaba, y que cayó al suelo. Akbain entonces intentó escapar hasta el yucal. Pero, en el momento que se preparaba a salvar de un salto un tronco acostado, los «labaddó» le dispararon cuatro tiros en la espalda y cayó muerta. Ellos lograron alcanzarr al hijito de Akbain que se había puesto a correr y, de un solo machetazo, le cortaron la cabeza.

Al mismo tiempo, apenas el gordito Airakbá se aproximó a una puerta, que recibió un tiro en el pecho y lo mató al instante. El «labaddó»

arrastró afuera su cuerpo, y en ese momento, cuando los otros dos «labaddó» vieron que el hermanito de este, Akbadú, intentaba huir hacia el yucal, le dispararon tres tiros en la espalda y cayó muerto. De repente, los «labaddó» avistaron a una niña, Arokbáa (8) que surgía del yucal y venía corriendo hacia una puerta del bohío. La apuntaron, y ésta, con dos tiros en la frente, también cayó muerta.

Luego, uno de los «labaddó» se fue hasta la otra puerta del bohío, miró hacia dentro y vio a una mujer de espalda, que intentaba ocultarse detrás de un horcón para protegerse de un posible disparo desde la puerta en el otro extremo del bohío. Esta mujer, Atraktraká, cargaba su bebé de 3 meses, y no se percató que por detrás estaba totalmente desprotegida. El «labaddó» le disparó en la espalda, con una bala que le atravesó el cuerpo y salió por un seno. Atraktraká cayó muerta. El «labaddó» agarró la bebé y a la vez arrastró el cuerpo de la madre hasta afuera donde la dejó boca arriba. Y, mientras que otro «labaddó» sostenía el infante vivo, éste lo desentrañó con su cuchillo. Luego recostó el cadáver de la bebé agonizante sobre el pecho de la madre. Y, después de abrirle las piernas de Atraktraká, la empaló, clavándole un palo largo en la vagina, y así la dejó.

Entretanto, en medio la confusión que reinaba alrededor del bohío, dos mujeres atemorizadas, Akaado shibabió, y Ashiboubo con su nietecito Kwankwan, se habían ocultado detrás de unos leños y cubierto sus cuerpos con unas esteras en un rincón oscuro del bohío. Los «labaddó» no las descubrieron. Las mujeres los oyeron conversar, y esperaron que salieran. Después que los «labaddó» prendieran fuego al bohío, y se marcharan mientras ardía la vivienda, estas mujeres aprovecharon la humareda para escapar por una puerta y correr a esconderse en el bosque.

Akaado shibabió fue la que decidió irse de prisa por el bosque en búsqueda de los cazadores para darles la triste noticia. Logró seguirles las huellas y encontrarlos. Todos se apresuraron para llegar rápidamente a **Bahkuagyá**, cargando los tres osos palmeros que los cazadores habían flechado. Eran las cuatro de la tarde cuando arribaron al asiento de su bohío donde tuvieron que enfrentarse con el cuadro dantesco que les

esperaba: los cadáveres mutilados de sus familiares y un montón de cenizas ahumantes. Para Arikáan fue sumamente doloroso enfrentar la crueldad inhumana desatada por los «labaddó» sobre los cuerpos de su esposa Atraktraká y su bebé. Igual trauma sufrió el viejo Abirobókba, al ver lo que los labaddo le habían infligido a su joven esposa Akbain e hijito, tan cruelmente asesinados.

En la opinión del ñatubay Sadeibókba era demasiado tarde para intentar perseguir a los atacantes «labaddó». Despachó a Okchirí, para que fuese inmediatamente hasta **Túuriba** a notificar a los Barí que se habían quedado allá de lo terrible que acababa de ocurrir en **Bahkuagyá**. A la vez, dio la orden de construir rápidamente un ranchito con hojas de bijao antes que anochezca, para tener donde dormir. A Akbondrá, la herida, le entablillaron su antebrazo fracturado con amarras hechas con tiras de corteza de bahkú (se curó). Durante la noche llegaron los primeros Barí venidos desde **Túuriba**. El día siguiente vinieron más, y se pudo formar un grupo numeroso de hombres armados con sus arcos y flechas que irían en persecución de los «labaddó». Esta expedición vengadora siguió las huellas de estos «labaddó» en dirección norte, hasta llegar al río Kariká'angbarí (R. Negro), pero no lograron alcanzarlos y tuvieron que regresar sin obtener éxito. Dejaron la venganza para otra oportunidad.

Mientras tanto, los que habían permanecido en el sitio de **Bahkuagyá** ese día, se dedicaron a enterrar a los muertos. La mañana siguiente decidieron marcharse e irse todos hasta **Túuriba**. Allá permanecerían juntos hasta el final del verano. Luego, a la entrada de las lluvias dejarían las tierras planas para iniciar su marcha hacia la sierra, hasta el bohío **Akdabá oktuka**, levantado en el valle del río Biddayá, afluente del río Dágda (R.del Norte) en la Sierra de Perijá, donde pasarían la temporada del invierno.

Epílogo

La crueldad de los «labaddó» de las haciendas de Perijá, desplegada en los masacres arriba descritos, ponen en evidencia el abominable trato sufrido por los Bari en esta región, especialmente durante las décadas de los años 1940 y 1950. No podemos dejar de admirar el estoicismo de los Bari en estas circunstancias como, al escuchar la narración por Ramon Arikaan del horrible asesinato de su esposa e hijita por los labaddo, no se detecta la menor rabia sino la profunda tristeza de un hombre resignado a aceptar su destino.

Lamentablemente, se puede afirmar que el establecimiento y la expansión de las haciendas se efectuó en gran parte sobre cadáveres de estos indígenas. Pero cómo pudo ocurrir semejante trato inhumano para con los Bari? Ahí imperó la concepción por parte de los criollos que estos indígenas se consideraban meros salvajes, caracterizados de «bravos», que no merecían trato humano por su condición de seres inferiores. Además ocupaban en Perijá una gran extensión de territorio con fértiles tierras que, según ellos, los Bari no sabían utilizar, y que debía «ponerse a producir». No cabe la menor duda que este último factor, obviamente económico, movido por la irresistible atracción de una inmensidad de tierras boscosas que se sabían fértiles, y aún designadas «baldías» por el Gobierno, se constituyó en el argumento preponderante de los hacendados de la región adyacente, para invadirlas y expoliarlas a sangre y fuego, sin la menor consideración por sus ocupantes indígenas de la etnia Bari.

El resultado, planeado por los «labaddó», de esta limpieza étnica, provocó la huida de los Bari, como era de esperar. Las muertes, mutilaciones, heridas, y quemaduras de sus bohíos, les desanimaron profundamente, al sentirse impotentes frente a la crueldad y destrucción cometida por hombres con armas de fuego, a quienes no tenían la capacidad de oponerse con sus arcos y flechas. Desalojados, y perdidas todas sus tierras, los Bari se retiraron hacia los valles de la Sierra de Perijá, donde podrían levantar bohíos fuera del alcance de los temibles

«labaddó». Allí la mayoría de los Barí estaban establecidos cuando sucedió el contacto pacífico con ellos en Julio de 1960, el cual se logró fácilmente porque ellos deseaban con ansiedad que se pusiera fin a las hostilidades provocadas por los «labaddó». Es interesante notar que doscientos años antes, en 1772, los Barí se expresaron de la misma manera cuando aceptaron el primer contacto pacífico.

Como ellos lo habían explicado en los tiempos de la Colonia, los Barí sólo flechaban para vengarse de las agresiones y muertes (y raptos) causadas por los «labaddó», y para defenderse frente a la invasión violenta de su territorio. Su reputación de «bravos»les fue injustamente atribuida, ya que los Barí demuestran ser internamente pacíficos, con una cultura que rechaza y prohíbe comportamientos agresivos entre ellos mismos. Se puede afirmar que la política Barí hacia el exterior era básicamente defensiva, ya que en definitiva carecían de las herramientas necesarias para hacer frente y oponerse con éxito a las tácticas agresivas de los invasores «labaddo» en Perijá.

Notas:

¹ Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales, Escuela de Antropología, Universidad Central de Venezuela

Bibliografía

Archivo General de Indias Fondo Escribanía, Legajo 1188. Sentencia de Juan Pacheco Maldonado, Gobernador de la Ciudad de Merida y Provincia de La Grita. Madrid, 5 de marzo 1637.

Archivo Histórico de La Grita Manuscritos del periodo 1731-1733.

Archivo Histórico Nacional de Colombia Manuscritos de los Fondos «Caciques e Indios» y «Milicias y Marina».

Barí

Informaciones suministradas por hombres y mujeres Barí (con el aporte mayor de Fernando Akuero, Ramon Arikáan, Angel Ashirokóo, Carmen Aturinagyá, y Marina Mandabó) en el transcurso de investigaciones realizadas en sus comunidades durante el periodo 1963-2000.

Beckerman, Stephen y Roberto Lizarralde

1995 State-tribal warfare, male-biased casualties, and the Barí. *Current Anthropology* 36: 497-50

Carrocer, Cayetano de

1950 Los indígenas de Perijá. *Venezuela Misionera*, 139:210-217.

El Universal, Caracas

1941 Edición del 23 de enero de 1941, pp. 1 y 5.

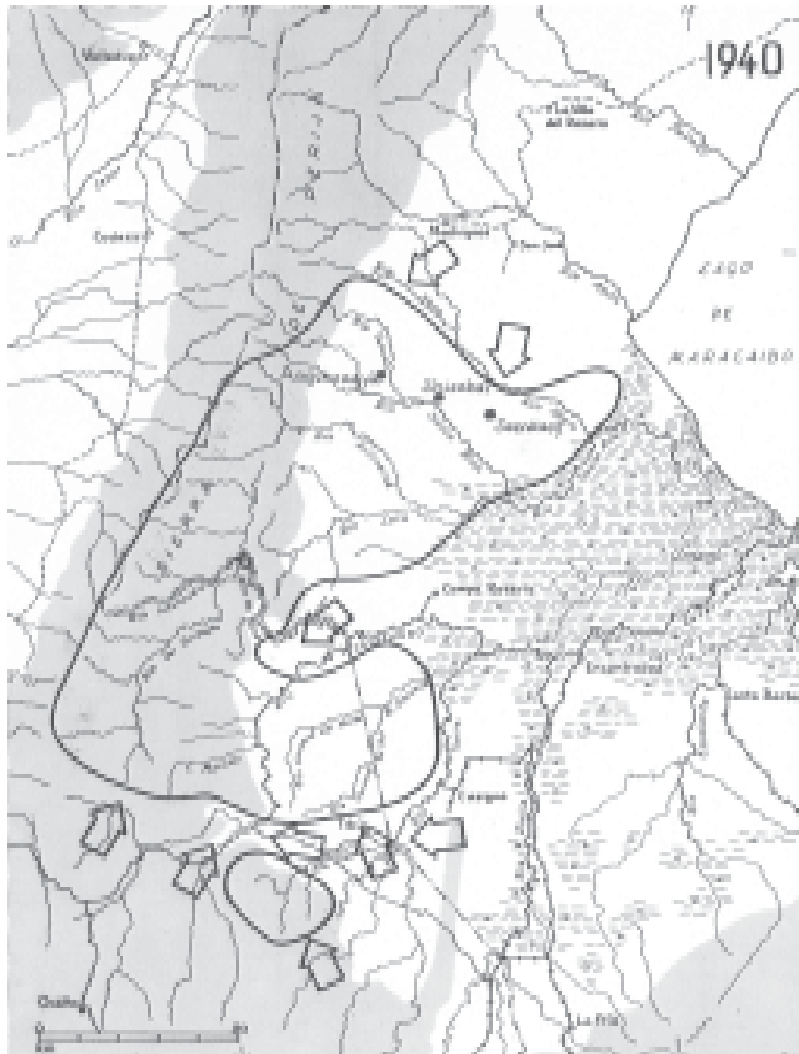
Panorama, Maracaibo

1941 Ediciones del 2 de enero de 1941: 1-3, y del 3 de enero de 1941:4.

Ruiz «Copei» Comunicación personal, 21 de enero de 1



Librada de la Sierra



Mapa del territorio de los Bari, 1940

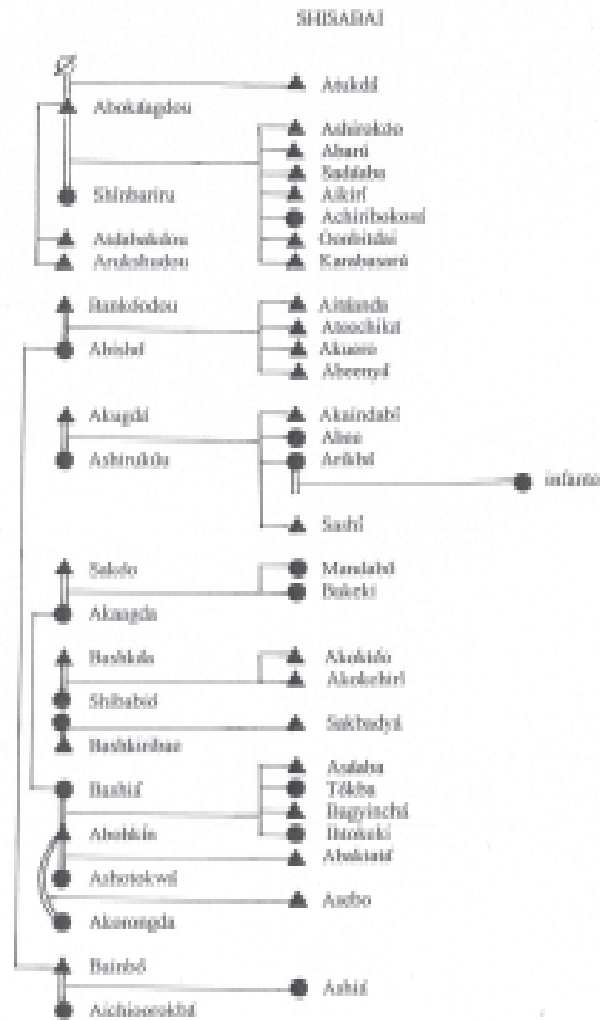
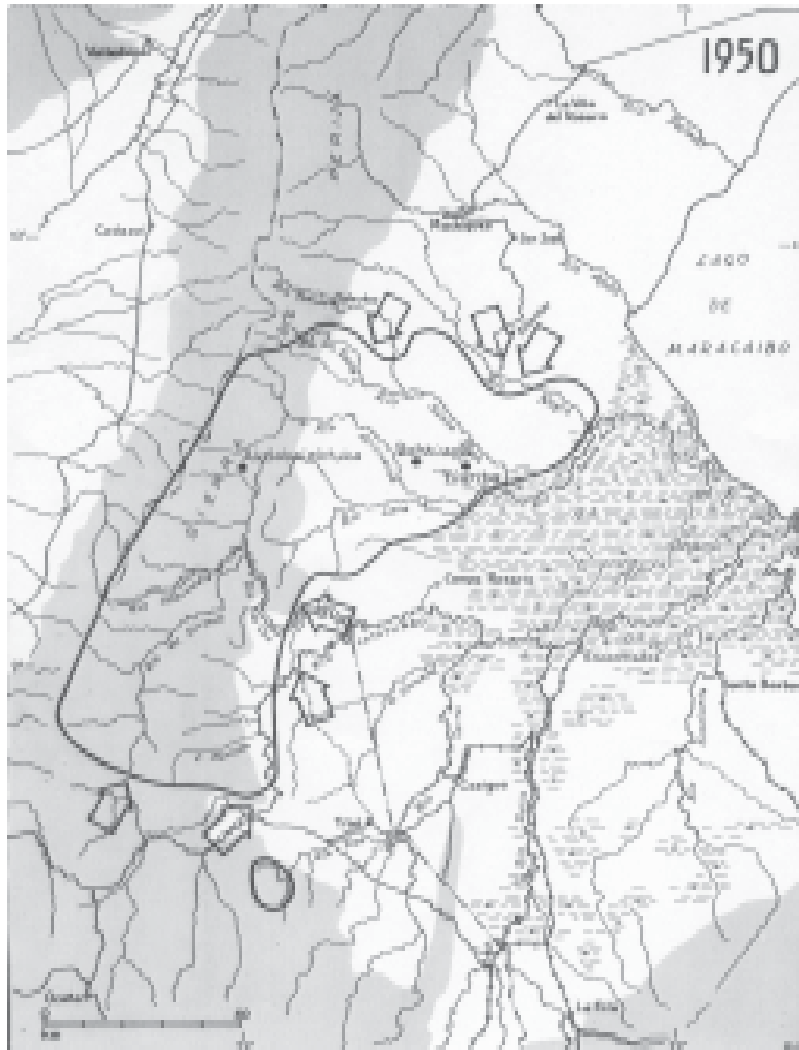


Diagrama de parentesco de los Shisabai



Mapa del territorio de los Bari, 1950

